

Inicio de nueva novela

Pablo Racca es
un escritor rosarino
pbloracca.com.ar

Elena se sienta frente al escritorio, el estómago revuelto después del tránsito revuelto después del almuerzo de menú arriesgado, porque la carta del restaurante era una fórmula para la

incertidumbre y había pedido cualquier cosa. Y luego el taxista y sus frenadas y aceleraciones desacompañadas, bruscas, como si necesitara agitar el auto para desquitarse de algo, como si brindar un servicio suave no estuviera entre sus planes. El malestar estomacal se proyecta y expande por vías internas que desde afuera desconocemos, alcanza los

sensores de estabilidad y produce el mareo. La cabeza duda de la estructura que la sostiene, aun si no hay cambios estructurales visibles en Elena, aun si está sentada, aun si el vaso de agua, aun si acomoda la respiración, apoya la cabeza en la mano, resiente las decisiones diminutas que pueden arruinar el día entero. «El arrepentimiento debería

sanar», piensa o articula esto el narrador a partir de los movimientos interiores de Elena.

La tarde empieza a correr hacia adelante, pero más notamos cómo tracciona hacia atrás las reuniones con el equipo, los tiempos de entrega, los compromisos que el tiempo acerca lenta y obstinadamente. Elena, sin embargo, pasa de una pestaña a la

otra en el navegador, omite el calendario y el correo electrónico, y opta por un momento de esparcimiento en la web. «Necesito relajar un poco», piensa, e ingresa a la página predilecta de compras *online*. Descansará la cabeza pasando la vista distraídamente por las góndolas virtuales antes de volver al trabajo. Clickea sobre un producto, revisa la

descripción, vuelve atrás, se mueve hacia arriba y hacia abajo siguiendo la intuición, que construye un pasillo imaginario rodeado de vestidos, pulseras, zapatos, sombreros de colores y variantes que —lo sabe, o esta idea se construyó de alguna manera en su mente— no encontrará en ningún local que pueda visitar a pie en la ciudad. No se detiene a calcular

cuánto tiempo hace que no pisa un negocio. Ha olvidado también los argumentos a favor o en contra del cambio en los modos de compra; es decir, se ha acostumbrado. Y sin duda ha borrado de sus recuerdos un detalle que rodea aquella experiencia presencial superada, uno que se redibuja en su concepción del mundo en este comienzo de tarde de estó-

mago cansado, cuando una ventanita de chat se abre en la esquina inferior izquierda de la pantalla, sin previo aviso e incluyendo las palabras “Me ayuda con una moneda” encerrada entre signos de interrogación.

Clic en × como acto reflejo. «Será una publicidad más», piensa.

Ingresa a otra sección de la página. “Me llamo Alejandra”, se

agrega en un segundo globo de diálogo de la ventana de chat, siguiendo a la pregunta anterior. Cómo es que el chat reaparece, Elena no lo sabe, pero deduce que cerrar no cierra, sino que oculta la ventanita. Duda un momento y repite la acción anterior. Suelta el *mouse*, reflexiona: le intriga si la ventanita seguirá apareciendo mientras ella permanezca en la pági-

na de compras. Le intriga si existirá Alejandra o si es un robot quien se comunica. «*Una robot*», se corrige, una simulación femenina de alguien pobre.

“¿Existís, Alejandra?”, se decide y escribe cuando la ventanita aparece por tercera vez. No ve por qué no hacerlo. La cuestión ontológica —si un robot respondería que sí, si los

algoritmos *son*, en alguna medida, o *no son*, en alguna otra medida—escapa a su juicio. “Sí, estoy en el parque con mis hijos”, responde la voz del otro lado, porque Elena oye la respuesta, asigna una voz a su interlocutora. “Mi marido trabaja con los coches”, agrega Alejandra. “¿Es cuidacoches?”, piensa y escribe Elena, movida por la sorpresa. “Sí”.

«¿Cómo funciona esto?», piensa y no escribe. Alejandra está en el parque comunicándose a través del chat de una página de compras *online*. “Yo estoy en mi oficina”. “¿De qué trabaja?”, lee. “Soy programadora”, escribe, borra, piensa qué interpretará Alejandra. Se decide por “Trabajo con computadoras”, y presiona *enter*. “Eso es bueno, mi hijo quiere estu-

diar”. “¿Qué edad tiene?”. Y la conversación sigue mientras Elena todavía no se escandaliza, como hará en seguida, cuando la empatía se le agote y la imagen de ella misma encerrada en una oficina, trabajando horas extra toda la semana para llegar a la fecha de entrega, tome el lugar preponderante en su representación mental de la escena, deses-

timando la algo más rudimentaria situación de Alejandra, que se le metió en la máquina sin el menor respeto. Esta última consideración —“se me metió en la máquina”— acelerará el pulso de Elena, le cambiará la cara, se le replicará en forma de mil preguntas y reclamos hasta que las vías neuronales por las que se mueven los argumentos queden atascadas, dejan-

do sin paso a otras ideas o reflexiones.

§